

FLAMENCO

Viejas glorias

Estrellas del flamenco

Cante: Niña de la Puebla, María Soleá, María la Burra, Cancanilla, Toni Maya. Baile: Joselito Fernández, Esperanza Fernández, Adrián, Juan Fernández. Toque: Niño del Tupé, Ramón Giménez, Lorenzo Virseda, Antonio Losada, Antonio Jero. Centro Cultural de la Villa. Madrid, 24 de octubre.

ÁNGEL ÁLVAREZ CABALLERO
María Soleá hizo un cante por *seguiriyas* memorable. Pura emoción, el *quejío* insondable, unos ecos de voz de *jondura* imposible. Un *cantaor* que hiciera un cante semejante una sola vez en su vida pasaría con todo derecho al libro de honor del flamenco.

Pero ocurre, claro, que para poder hacer un cante así se precisa un instinto *cantaor* capaz de plasmarse no en formas, sino en tuétano de formas, como dijo Lorca de otra *cantaora* genial. Y una vida viviendo, sintiendo, respirando, sumergida en el caldo de cultivo que supone esa forma de cantar y de ser, una actitud vital que indudablemente condiciona un arte como el flamenco, justamente por ello singular y único. Y el torrente de la sangre, y la herencia. Porque un cante así no se aprende. Se ha vivido, se asimila de la propia vida. Manolito el de María, *cantaor* analfabeto y miserable de la familia de los Paula de Alcalá, lo dijo con parecidas palabras: "Canto porque me acuerdo de lo que he vivido".

El cante de aquel inolvidable Fernando Terremoto, pues, no murió con él. Su hermana María Soleá lo mantiene vivo. Como no murió el cante bronco y áspero de Tío Gregorio el Borrico. Su hija María la Burra, esfinge grave y hierática de lo *jondo*, nos lo recuerda en cada actuación con asombrosa fidelidad. El eco de voz, idénticos



La Niña de la Puebla, durante su actuación en Madrid.

MANUEL ESCALERA

melismas, un juego expresivo inconfundible. Y los mismos cantes: *soleá*, bulería por *soleá*, bulerías.

Por bulerías, estas dos Marías sin precio del flamenco jerezano hicieron, cantando y bailando, un recorrido generoso. Tuvieron ambas en todo momento una guitarra que les sirvió como anillo al dedo, la de Antonio Jero, siempre atento al cante; su sonido fue en todo momento bellissimo, profundo, ejemplar.

El arte de la Niña de la Puebla es distinto. Si la Soleá y la Burra son un genuino producto racial, la Niña es un producto de la denominada ópera fla-

menca. Es el cante aprendido de los profesionales en una etapa específica que dio *cantaores* de prestigio y calidad. La Niña de la Puebla, a sus 81 años, es una figura paradigmática de una forma de cantar que no tiene por qué ser mejor o peor que la otra, sino sencillamente distinta.

Una absurda decisión de los responsables del espectáculo dio excesivo tiempo a los *bailaores* que abrieron el programa, tiempo que después regateó a esta gran *cantaora*, que era la homenajeada. Aun así, la Niña hizo sus cantes con rigor y unas facultades, si no óptimas, sí admirables a su edad. Por su-

puesto, cantó *Los campanille-ros*, una canción que popularizó hace más de 50 años, pero también *seguiriyas* y *toná*. El público quería que cantara más, y ella hubiera querido cantar más, pero no fue posible. La aclamación que recibió del respetable puesto en pie fue de lujo.

En cuanto a los *bailaores*, la mejor para mi gusto fue Esperanza Fernández, que siempre engancha con su cante y baile por bulerías. Su hermano Joselito no estuvo a la altura de otras ocasiones. Adrián y Juan Fernández, que conocen, evidentemente, los bailes, lo hacen como máquinas, mecánicamente.